

La biblioteca universitaria y su papel en la alfabetización académica

EDILMA NARANJO VÉLEZ
Universidad de Antioquia, Colombia

INTRODUCCIÓN

La idea de que los estudiantes universitarios, por el solo hecho de ingresar a una institución de educación superior, están preparados para asumir las habilidades lingüísticas como la lectura y la escritura, se ha rebatido desde hace buen tiempo. En América Latina se viene haciendo desde principios de este siglo; y así, día a día, se tiene reconocimiento de los programas y estrategias que se están implementando en las diferentes universidades para enfrentar esta situación que incide, directa e indirectamente, en la permanencia de los estudiantes, aunque también en la deserción que aumenta paulatinamente.

El aprendizaje depende, en gran medida, de la calidad en la lectura, y su proyección se puede reflejar en la escritura y en otro tipo de producciones. Por eso los profesores, preocupados por los resultados de los estudiantes en las aulas de clase, buscan la manera de organizar las actividades lectivas alrededor de las lecturas propias de las temáticas

que abordan, mientras que otros simplemente argumentan que el bajo rendimiento de los estudiantes frente a estos compromisos es producto de la formación en la educación básica secundaria.

No es cuestión de tratar de ver quién tiene la responsabilidad ante esta realidad, sino de enfrentarla y de realizar propuestas que permitan superar la problemática que se presenta en las instituciones de educación superior; propuestas que demandan de un trabajo en equipo entre los profesores de los cursos con temáticas específicas de las diferentes disciplinas académicas que se ofrecen a los futuros profesionales, acompañados de profesores expertos en temas de lectura y escritura y la presencia de bibliotecarios que asumen desde la biblioteca los programas de alfabetización informativa y de formación de lectores, siendo éste un reto para el cual los bibliotecarios han de prepararse para responder a los nuevos desafíos que les presenta la academia y así apoyar la función misional de la docencia y la investigación.

ALFABETIZACIÓN ACADÉMICA

En los diferentes niveles de la educación superior, el estudiante se enfrenta a procesos cognitivos complejos que exigen de él una serie de habilidades comunicativas que le permitan dar cuenta de los logros formativos obtenidos. Es así como en el mundo educativo universitario las lecturas son exigentes, en la medida en que comunican un lenguaje especializado, propio de las diferentes disciplinas; asimismo, se da el ejercicio de la escritura, acto que también demanda en el estudiante disponer de una serie de capacidades. Sin embargo, se debe observar que detrás de esos procesos

de lectura y escritura se instalan las necesidades de información, las cuales surgen de acuerdo con la situación y el contexto que se esté trabajando en el espacio áulico. La resolución de las necesidades de información conlleva, de parte del estudiantado, asumir un comportamiento en relación con la búsqueda, recuperación, evaluación y uso ético de la información.

Sea que elaboren informes de lectura, trabajos de grado, tesis, artículos, resúmenes, informes de investigación, los estudiantes deberán presentar sus discursos en forma clara, coherente, concisa, con un lenguaje fluido y un léxico propio de la disciplina. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿será que estos estudiantes sí están preparados para asumir esas formas de comunicación, no sólo escrita sino también oral, sonora, visual y audiovisual?, ¿será que en las instituciones de educación superior “[...] se promueven conocimientos, procesos y recursos que habiliten al estudiante como lector ‘competente’ en tareas basadas en múltiples documentos[?]” (Flores, 2013: 344).

Ante el gran flujo de información con que se cuenta actualmente, se espera que los universitarios estén actualizados frente a los avances, tanto de las aplicaciones tecnológicas como de su disciplina en relación con los saberes y destrezas, asumiendo esa expectativa como una actividad permanente; asimismo, se dice que deben tener la capacidad de adaptarse a los cambios y a las transformaciones que surgen. Sin embargo, estas exigencias preocupan, puesto que la información se renueva y se divulga tan rápido, y es tan abundante que es casi imposible estar a la par con ello; de ahí que también se pida que estos universitarios estén en condiciones de seleccionarla y analizarla adecuadamente, una vez que la han buscado y recuperado. Posteriormente, deberán utilizarla de acuerdo con los requerimientos que

demande la sociedad para presentar las propuestas de desarrollo y solución adecuadas para poder avanzar. No obstante, es necesario preparar a estos estudiantes para asumir la responsabilidad que demanda el ingreso a la educación superior.

Esa preparación implica no sólo comprender que el ejercicio de la escritura va más allá del uso adecuado de la gramática y la forma, sino también que las ideas sean coherentes, cohesionadas y comprensibles, y que den cuenta de la inquietud de la persona que escribe, pues ésta refleja sus interrogantes, sus indagaciones, sus tribulaciones, entre otras características que impulsan la alfabetización académica que, en palabras de Carlino, se entiende como:

[El] proceso de enseñanza que puede (o no) ponerse en marcha para favorecer el acceso de los estudiantes a las diferentes culturas escritas de las disciplinas. Es el intento denodado por incluirlos en sus prácticas letradas, las acciones que han de realizar los profesores, con apoyo institucional, para que los universitarios aprendan a exponer, argumentar, resumir, buscar información, jerarquizarla, ponerla en relación, valorar razonamientos, debatir, etcétera, según los modos típicos de hacerlo en cada materia. Conlleva dos objetivos que, si bien relacionados, conviene distinguir: enseñar a participar en los géneros propios de un campo del saber y enseñar las prácticas de estudio adecuadas para aprender en él. En el primer caso, se trata de formar para escribir y leer como lo hacen los especialistas; en el segundo, de enseñar a leer y a escribir para apropiarse del conocimiento producido por ellos. (Carlino, 2013: 370).

La esencia de este concepto se centra en la importancia que tienen los modos de leer y de escribir en cada área del conocimiento, dejando en claro que no son modos iguales, sino que difieren de acuerdo con la disciplina y con el saber específico del tema; por lo anterior se entiende el hecho de “[...] buscar, adquirir, elaborar y comunicar conocimiento” (Carlino, 2013: 370), lo cual indica que es necesario com-

prender que estas habilidades no se adquieren de una vez en la educación básica secundaria y vocacional, sino que implican un proceso que varía de acuerdo con los niveles de dificultad y con el lenguaje que deba comprenderse para poder interpretarlo y posteriormente transformarlo y escribirlo.

Y es que la diversidad de temas, puntos de vista, estilos para presentar los escritos, receptores, así como los mismos contextos, exigen, de quien los aborda, unas condiciones adecuadas para hacerlo; de ahí que se diga que el aprendizaje de la lectura y la escritura son infinitos y nunca terminan.

De igual forma, en el proceso de alfabetización académica se requiere que el profesor comprenda la importancia de aprender a buscar la información por parte del estudiante universitario, para poder realizar sus procesos de lectura de modo que pueda analizar y comprender los documentos adecuados, reconociendo los enfoques, los diferentes puntos de vista y las escuelas de pensamiento que pueden referirse a un mismo tema, el cual, además, puede variar a lo largo de la historia. Para alcanzar a dominar esta claridad, se requiere entonces de métodos y estrategias que permitan formarse para leer, comprender, reflexionar, interpretar, transformar y escribir.

Este proceso de comunicación conlleva tres tipos de lenguaje: el cotidiano, el científico y el estético (González, 1998). El primero es parte del lenguaje que representa al estudiante en formación, quien –se espera– esté interesado por ampliar su léxico y su bagaje social, cultural y científico. Los textos, los contenidos portan el lenguaje científico que, sin perder la rigurosidad y científicidad, el profesor traduce a un lenguaje más comprensible para el educando. El tercero es la producción que surge del aprendiz, lo que este sujeto en formación presenta como su producción en un lenguaje también científico, en virtud de haber vivido unos

procesos de comprensión e interpretación surcados por el diálogo y la conversación en el espacio áulico; este proceso lo habilita como un interlocutor válido para que se comunique con autoridades del objeto de estudio.

Se constata así la acción comunicativa que, en palabras de Habermas:

[...] presupone el lenguaje como un medio de entendimiento sin más abreviaturas, en el que hablantes y oyentes se refieren simultáneamente –desde el horizonte preinterpretado que su concepción del universo representa–, a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo, para negociar definiciones de la situación que puedan ser compartidas por todos. (Habermas, 1989: 137-138).

Cuando el diálogo entra al aula de clase, como un atributo del método de enseñanza, muestra la esencia del hombre, en el sentido de que él es un ser en conexión con el mundo, que busca contribuir a la historia, generar cultura y transformar la sociedad; realidad que Freire expresa de la siguiente manera: “[...] el hombre no sólo está en el mundo; está con el mundo [...] lo que lo hace ser un ‘ente de relaciones.’” (Freire, 1972: 5). Relaciones en las que se aprende a hablar escuchando, lo que indica que se da un reconocimiento al otro como sujeto, puesto que “[...] quien tiene algo que decir debe asumir el deber de motivar, de desafiar a quien escucha, en el sentido de que, quien escucha diga, hable, responda” (Freire, 1997: 112), pues en estos actos se reflexiona para comprender e interpretar la realidad, superando la transferencia de la información y de contenidos y logrando, en últimas, comunicar lo que ha transformado, es decir, la síntesis.

Empero, es preciso entender que la cultura académica es heterogénea; por lo tanto, los esquemas de pensamiento varían de una disciplina a otra, lo que se observa en los di-

ferentes escritos al abordar el lenguaje que utilizan y la forma como lo presentan de acuerdo con el público al cual va dirigido; aspectos que el profesor mostrará a los estudiantes en su proceso formativo.

De igual manera procederá con la escritura. El papel de redactar es un paso esencial pues “[...] la escritura alberga un potencial epistémico, es decir, no resulta sólo un medio de registro o comunicación sino que puede devenir un instrumento para desarrollar, revisar y transformar el propio saber.” (Carlino, 2003: 411). Sin embargo, la escritura es un procedimiento que, no necesariamente, lleva de inmediato al aprendizaje; para lograrlo es fundamental, al momento de escribir, ser consciente del destinatario o receptor y el propósito del escrito, lo que casi nunca ocurre, pues el interés del estudiante cuando redacta es mostrar el dominio sobre el tema, sin tener en cuenta si la persona que lo lea comprenderá lo que expone en el escrito; su interés es obtener una buena nota evaluativa. Para lograr el cambio, la responsabilidad del profesor se encaminará a orientar el proceso de escritura.

Introducir el tema de la lectura y de la escritura en la discusión de un tema de clase –por ejemplo en economía, física, derecho u otra disciplina–, como una estrategia didáctica permanente que acompaña las demás actividades de enseñanza y de aprendizaje, puede llevar a lograr graduados que sean reflexivos, analíticos y críticos, interesados en seguir aprendiendo y que sepan comunicar los resultados de su transformación cognoscitiva y personal.

Por lo tanto, la alfabetización académica requiere de una mediación con los profesores de los diferentes cursos, pues ellos saben enseñar su saber disciplinar, pero ¿sabrán orientar sus conceptos, teorías y enfoques desde los procesos de lectura, escritura y oralidad? Se necesita superar la idea

general de que con cursos de lectura y de escritura comunes a todos los estudiantes es suficiente para abordar el saber sabio. Se observa entonces que ese trabajo requiere del compromiso institucional, por lo tanto, de la participación de todos los profesores, pues es imposible lograr el objetivo si sólo se aplica en un curso curricular, o en momentos aislados del desarrollo de la clase, en donde la lectura y la producción de textos va por un lado, y la clase se desarrolla en otro.

FORMACIÓN DE LECTORES USUARIOS

Si se parte de la idea de que formar no es sólo darle forma a algo, sino también de que para lograr la formación cuando está de por medio un sujeto, es imprescindible contar con la disposición y el interés de éste, entonces se puede expresar que aquello que se quiere alcanzar, que se pretende ser, esa imagen que se proyecta en el horizonte y que se alcanza a partir de la relación horizontal que surge entre quienes participan en el proceso formativo, requiere de una interacción dialógica, de la dialéctica, al comprender que este proceso está en constante transformación, que nunca termina. Como expresa Gadamer, la formación es un:

[...] modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre [...] es un acto de libertad del sujeto que actúa, como una obligación consigo mismo [...] en la formación uno se apropia por entero de aquello en lo cual y a través de lo cual uno se forma [...] en la formación alcanzada nada desaparece, sino que todo se guarda. (Gadamer, 2005: 39).

Esta transformación constante se logra en la medida en que el hombre, como ser pensante, es consciente de su ascensión histórica, de su modificación, de sus logros y difi-

cultades, de sus vacíos y carencias frente a situaciones que vive en su trasegar, en su relación con los otros, consigo mismo y con su entorno, con el mundo que lo rodea, esto es, en su *llegar a ser*. Esto indica que el ser, que el hombre va adquiriendo elementos que le permiten alcanzar, en forma paulatina, su autonomía, que va siendo libre, que va siendo él en relación consigo mismo y con los demás, puesto que está consciente de las decisiones que toma y de la incidencia de éstas, fruto de su proceso cognoscitivo.

Se observa así que en la formación se da un proceso formativo individual, que se puede construir o aportar a esta construcción en el colectivo, pero la incidencia será de acuerdo con el horizonte que tenga trazado ese hombre, ya que es un acto único, que lo vive cada uno a partir de sus intereses y sus proyecciones; aunque no debe olvidarse que este ser individual está en relación con los demás, con la sociedad, en el aliciente de sus intereses y proyecciones, de acuerdo con el movimiento, el recorrido, el devenir, las tensiones y la comprensión de su pensamiento, de la relación con su cultura y con su entorno.

Tales circunstancias llevan a valorar el papel de los profesores al exigir a los estudiantes esas calidades y profundidades, de las cuales ellos deben ser los principales ejemplos, a fin de superar las dificultades y las limitaciones para leer fluidamente y comprender e interpretar los documentos escritos, inclusive visuales y auditivos; o para socializar trabajos, realizar resúmenes o presentar las ideas principales.

El problema, como se planteó anteriormente, puede estar centrado en el hecho de que los profesores universitarios dan por un hecho que el estudiante que ingresa a la educación superior está preparado para asumir la lectura y la escritura con las exigencias que demanda el nuevo nivel educativo; lo cierto es que el profesor debe aceptar que la

realidad es otra y que parte de su responsabilidad consiste en transformarla.

En esta transformación se cuenta con otros profesionales que contribuyen con la formación de los lectores: los bibliotecarios y su espacio por excelencia –las bibliotecas–; aunque, con el auge de las TIC, también se dispone de los espacios interactivos y las aplicaciones tecnológicas que les permiten interactuar con los usuarios en forma sincrónica o asincrónica desde lugares remotos.

En la biblioteca universitaria, conscientes del papel que tienen dentro de la institución superior al ser el apoyo bibliográfico para el cumplimiento de las funciones misionales, ofrecen programas para enseñarle al usuario a utilizar los diferentes sistemas de información documental–SID–¹ con que cuentan, puesto que son medios didácticos que permiten intervenir en la formación de lectores.

El bibliotecario, como mediador, debe comprender que el usuario es un sujeto en construcción no sólo de sí, sino además de los objetos que lo hacen miembro de la comunidad académica, esto es, de los saberes y conocimientos que trata de aprehender; es decir, es un ser que pretende transformar y producir sus propios esquemas de conocimiento; en consonancia, desde la biblioteca se puede propiciar la interacción entre sujeto y objeto de conocimiento y el bibliotecario, como mediador, ha de comprender que la estructura cognoscitiva del estudiante se encuentra en la lucha por acomodarse a los compromisos que le demanda el espacio universitario y por asimilar aquella información que es nueva para él, pues, como expone Not, la mediación didáctica “[...] consiste en suministrar al alumno la información de la que no dispone y que no podría procurarse por

1 Bases de datos, repositorios digitales, bibliotecas electrónicas y digitales, otras bibliotecas, los catálogos, páginas web, etcétera.

sus propios medios, después en ayudarle a transformarla en conocimiento.” (Not, 1992: 83).

Por consiguiente, el bibliotecario comprenderá que su mediación no sólo llega hasta el momento en que entrega el material solicitado por el usuario, sino que, además, él puede contribuir desde ese momento con la formación del usuario lector y del usuario escritor, ampliando la propuesta de la alfabetización informativa, acudiendo a una estrategia didáctica que tenga relación directa con la alfabetización académica, que involucra los procesos de lectura y de escritura para transformar en conocimiento comprensible la información que se discute en la clase.

Esto es posible, en la medida en que durante las sesiones de las clases, los laboratorios y las prácticas, se confronten los contenidos que portan, como información, los documentos (libros, artículos, capítulos de libros, videos, películas, etcétera) disponibles en los diferentes sistemas de información documental, y que permiten estimular y fomentar la crítica, plantear dudas y confrontar, a partir de las lecturas que abordaron, los saberes que el profesor traduce como saber por enseñar; es decir, se cuenta con un:

[...] producto necesario e inherente al trabajo con la información. Esto quiere decir que la utilización de [estos SID] puede [...] o bien potenciar la propuesta educativa o bien banalizarla al no reconocer que información no es igual a contenido para la enseñanza y para el aprendizaje. (Litwin, 2001, en línea).

Es necesario verificar la correcta utilización de los SID por parte de los profesores y, por ende, su enseñanza a los alumnos. Para esto, se requiere la participación de los bibliotecarios, quienes acompañarán a aquellos en la enseñanza del uso de los sistemas de información documental y deberán discutir las estrategias didácticas, entendiendo que

el éxito de una estrategia reside en la combinación compleja de pensamiento, reflexión, dominio de las cosas simples que incluye la acción (Morin, 1994). Esto implica la apropiación de ese conocimiento, que cada vez se dilucida más, para generar nuevas incertidumbres.

Incertidumbres y procesos de aprehensión en los que se involucra el estudiante como parte de su proceso formativo profesional y que demandan nuevas búsquedas, nuevos niveles de lectura, que el profesor involucrado en la alfabetización académica podrá orientar, pero que para satisfacer los intereses del estudiante y apuntar a las necesidades de la sociedad, requiere de una variedad de textos o documentos que, seguramente, obtendrá en la biblioteca, donde podrán orientar para su consecución, de acuerdo con el área temática en que se encuentre, lo cual lleva a pensar en un bibliotecario especializado, no por la lectura (algo que debe ser propio de su desempeño profesional) sino por la temática. Se espera que a medida que avanza en este esquema de búsqueda, recuperación y uso de la información, el estudiante se vaya concientizando de que puede localizar fuentes y medios de información que le permiten llevar a cabo una regulación más activa de su nuevo conocimiento.

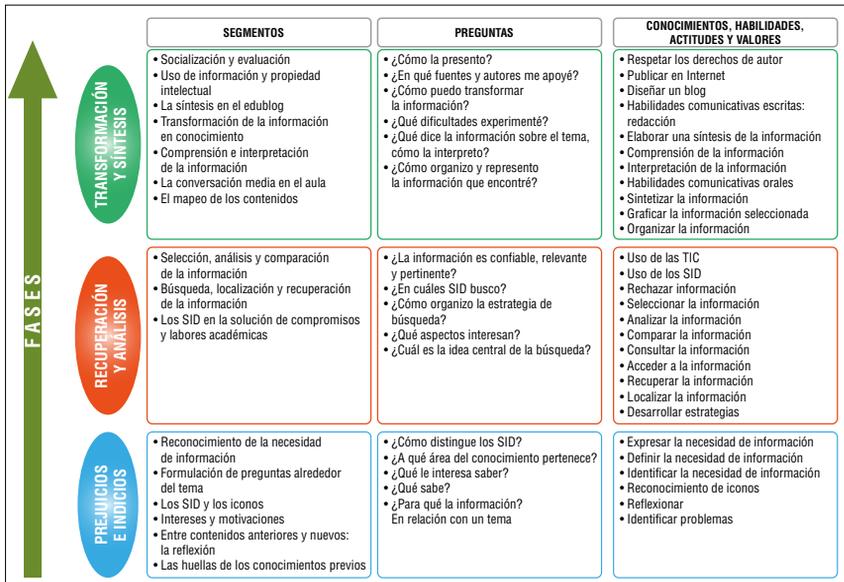
Con esta toma de conciencia del proceso de búsqueda, recuperación y uso de la información como parte del proceso investigativo en la transformación de la información en conocimiento, apoyados en los procesos de lectura y de escritura, se busca que el estudiante no sólo comprenda el éxito de transformar lo dado, sino también de los pasos que hacen posible el éxito, contribuyendo así a la autodeterminación del estudiante de proceder en cada uno de sus cursos. En consonancia, estas actividades demandan una acción consciente, organizada y reflexionada para la elabo-

ración de gran cantidad de compromisos y labores académicas, sean en el aula o fuera de ella.

Este momento demanda que el estudiante sepa usar los SID para encontrar la información que le deja conocer los antecedentes de los temas, las leyes, los principios, las teorías, además de reconocer las tendencias disciplinares; para ello se pueden establecer diversas estrategias didácticas, como la que se resume en la *Gráfica 1 (TRINCO: Transformación de la Información en Conocimiento*, con la cual, mediante fases, es posible desarrollar habilidades, destrezas y conocimientos en el uso de la información, respondiendo así a la alfabetización informativa).

Gráfica 1.

TRINCO: Transformación de la Información en Conocimiento



Fuente: Naranjo, 2014: 204.

Una vez que analiza, comprende e interpreta el tema que hace parte del contenido de la clase, se inicia el proceso de transformar la información en conocimiento, como expresa Naranjo:

[...] la transformación de la tradición del pasado en fusión con el presente; [allí participa] el ser que se deja decir al confrontar sus prejuicios, precomprensiones, conocimientos previos y creencias con el texto que lo aborda; reflexiona y para ello lo desglosa, lo desenmascara en sus partes más simples, las compara hasta llegar a comprender cada una de ellas en sus relaciones internas, lo que permite interpretar el sentido de lo expresado allí, para llegar a un nuevo texto, la síntesis que muestra su modificación. (Naranjo, 2014: 193).

Es posible afirmar que cuando el estudiante escribe su síntesis, su producción, es porque adquirió y afianzó una serie de conocimientos, pero también de habilidades y destrezas que se requieren para organizar y estructurar la información que necesita. Puesto que el profesor, en compañía del bibliotecario, prepara al estudiante para que redacte y presente sus trabajos y los resultados de su proceso de búsqueda y uso de la información, bien sea en forma escrita, visual, oral o audiovisual en diferentes espacios, formatos y soportes, además de que sus presentaciones estarán respaldadas por las bibliografías que elabore, de manera que dé cuenta del manejo ético que ha hecho con la información, entre otras acciones.

A MODO DE CIERRE

Los sistemas de información documental se comportan como medios didácticos en los procesos de enseñanza y de aprendizaje, si se tiene en cuenta que tanto profesores

como estudiantes los utilizan para hallar la información que necesitan para poder participar en las discusiones que surgen en el espacio áulico cuando se exponen los contenidos propios del objeto de estudio de su disciplina; discusión que superará los prejuicios, los preconceptos y que, además, reconocerá las experiencias y tendrá en cuenta la reflexión de cada uno de los participantes, aspectos que se modificarán con la lectura de la información que se encuentra disponible en los SID.

Con este trabajo se muestra cómo, para llevar a cabo la alfabetización académica, las bibliotecas se convierten en valiosos aliados, pues en ellas reposa la información, los documentos en los cuales se apoyarán los profesores para llevar a cabo el desarrollo de los contenidos formativos; de ahí la importancia que tiene la alfabetización informativa tanto de estudiantes como de profesores para el uso de los SID, lo cual ayudará en la transformación de la información en conocimiento.

Es de resaltar que, si bien existe un compromiso en las instituciones de educación superior por contar con estudiantes que sean lectores excelentes para abordar los saberes que pretenden aprehender, no debe desconocerse que éstos responden a esa intención de acuerdo con sus intereses, con sus necesidades y convencimientos; por eso, para poder hablar de la formación de los lectores usuarios en la universidad, se debe partir de la disposición de éstos para empezar la intervención correspondiente, esto es, una mediación planeada, adecuada, organizada y relacionada, entre la lectura estética y la lectura académica, entre la lectura libre y la lectura guiada, de manera que se pueda superar la tensión que se ha dado entre éstas, pues ambas cobijan aspectos culturales, conocimiento y cohesión social (Chartier y Hebrard, 1994) y poder llegar, finalmente, a la escritura.

REFERENCIAS

- Carlino, P. (2003). Alfabetización académica: un cambio necesario, algunas alternativas posibles. *Educere*, 6(20), 409-420 [en línea], <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35662008>
- _____. (2013). Alfabetización académica diez años después. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 18(57), 355-381.
- Chartier, A. y Hebrard, J. (1994). *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa.
- Flores, P. (2013). Investigaciones sobre el aprendizaje de los jóvenes. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 18(57), 343-347.
- Freire, P. (1972). *Educación como práctica de la libertad*. Bogotá: Convergencia.
- _____. (1997). *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa*. México: Siglo XXI Editores.
- Gadamer, H. G. (2005). *Verdad y método*, Tom. I. Salamanca: Sígueme.
- González, E. (2011). *La educación: metáfora de la vida: modelo pedagógico basado en la comunicación para generar acciones creativas en el mundo de la vida*. Tesis de Doctorado en Ciencias Pedagógicas. La Habana: Universidad de La Habana, Cuba.
- Habermas, J. (1989). *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Taurus.
- Litwin, E. (2001). Las nuevas tecnologías y las prácticas de la enseñanza en la universidad [en línea], [http:// www.litwin.com.ar/site/Articulos2.asp](http://www.litwin.com.ar/site/Articulos2.asp)
- Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

La biblioteca universitaria y su papel en la alfabetizació...

Naranjo, E. (2014). *Didáctica de los sistemas de información documental: Transformación de la información en conocimiento*. México: UNAM/IIBI.

Not, L. (1992). *La enseñanza dialogante: hacia una educación en segunda persona*. Barcelona: Herder.